

# ÉTICA

## **APLICADA** **PERSPECTIVAS** **DESDE LATINOAMÉRICA**

MAURICIO CORREA CASANOVA  
JUNY MONTOYA VARGAS  
ELOY PATRICIO MEALLA  
(COMPILADORES)





**ÉTICA APLICADA**  
Perspectivas desde Latinoamérica



**ÉTICA APLICADA**  
Perspectivas desde Latinoamérica

Mauricio Correa Casanova  
Juny Montoya Vargas  
Eloy Patricio Mealla  
(compiladores)

Universidad de los Andes, Centro de Ética Aplicada  
Red Latinoamericana de Éticas Aplicadas

Ética aplicada. Perspectivas desde Latinoamérica / Mauricio Correa Casanova, Juny Montoya Vargas, Eloy Patricio Mealla (compiladores). – Bogotá: Universidad de los Andes, Centro de Ética Aplicada, Ediciones Uniandes: Red Latinoamericana de Éticas Aplicadas, 2019.  
x, 346 páginas; 14 x 21 cm.

Otros autores: Gonzalo Cocomá Arciniegas, Juan Pablo Faúndez Allier, Jovino Pizzi, Miguel Ángel Polo Santillán, Ana Hirsch Adler, Agustín Reyes Morel, Andrés Mejía Delgadillo.

ISBN 978-958-774-872-7

1. Ética aplicada 2. Ética – Enseñanza superior I. Correa Casanova, Mauricio, compilador. II. Montoya Vargas, Juny, compiladora. III. Mealla, Eloy Patricio, compilador. IV. Universidad de los Andes (Colombia). Centro de Ética Aplicada V. Red Latinoamericana de Éticas Aplicadas

CDD 170.

SBUA

Primera edición: septiembre del 2019

- © Mauricio Correa Casanova, Juny Montoya Vargas y Eloy Patricio Mealla (autores compiladores)
- © Gonzalo Cocomá Arciniegas, Juan Pablo Faúndez Allier, Jovino Pizzi, Miguel Ángel Polo Santillán, Ana Hirsch Adler, Agustín Reyes Morel, Andrés Mejía Delgadillo
- © Universidad de los Andes, Vicerrectoría Académica, Centro de Ética Aplicada

Ediciones Uniandes

Calle 19 n.º 3-10, oficina 1401

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: 3394949, ext. 2133

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

<http://ebooks.uniandes.edu.co>

[infeduni@uniandes.edu.co](mailto:infeduni@uniandes.edu.co)

Red Latinoamericana de Éticas Aplicadas

Carmen Sylva 2547

Providencia, Santiago 7510229, Chile

[contacto@redlaea.com](mailto:contacto@redlaea.com)

ISBN: 978-958-774-872-7

ISBN e-book: 978-958-774-873-4

ISBN POD: 978-958-774-874-1

Corrección de estilo: Ana María Cobos Villalobos

Diagramación interna: Vicky Mora Hernández

Diseño de cubierta: Ignacio Martínez-Villalba

Impresión:

DGP Editores S. A. S.

Calle 63 Bis n.º 70-49

Teléfono: 4307050

Bogotá, D. C., Colombia

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

## CONTENIDO

- [ IX ] **PRESENTACIÓN**
  
- [ 1 ] **SIGNIFICADO DE LA ÉTICA APLICADA  
Y SU ENSEÑANZA EN LA UNIVERSIDAD**
- [ 3 ] De la ética a la ética aplicada  
Mauricio Correa Casanova
- [ 41 ] La enseñanza de la ética en la universidad  
Juny Montoya Vargas y Gonzalo Cocomá Arciniegas
  
- [ 87 ] **ÁMBITOS DE LA ÉTICA APLICADA**
- [ 89 ] Bioética  
Juan Pablo Faúndez Allier
- [ 123 ] La ética empresarial y los ideales de la justicia:  
un nuevo papel para las instituciones en la vida social  
Jovino Pizzi
- [ 153 ] Ética ecológica  
Miguel Ángel Polo Santillán
- [ 201 ] Elementos del marco teórico como base para  
la estructuración de una ética profesional  
Ana Hirsch Adler



- [ VIII ] [ 235 ] Educación, ética y desarrollo: nuevos desafíos  
Eloy Patricio Mealla
- [ 263 ] El análisis ético de las políticas públicas  
y la autonomía relacional andamiada  
Agustín Reyes Morel
- [ 303 ] Ética de la ciudadanía  
Andrés Mejía Delgadillo
- [ 337 ] **SOBRE LOS AUTORES**

## PRESENTACIÓN

La llamada “ética aplicada” comienza su andar en la segunda mitad del siglo xx en Estados Unidos, luego se extiende a Europa, Asia y, por supuesto, también a Latinoamérica. Poco a poco, diferentes universidades del continente han ido incorporando en los planes de estudio de la formación profesional, así como en la docencia y la investigación, materias que abarcan los diversos campos de interés en los que se concentra la ética aplicada: medicina, ingeniería, economía, agronomía, arquitectura y periodismo, entre otros. A pesar de que en cada caso existen variados motivos en el momento de implementar estas iniciativas, hay al menos uno que suele repetirse: la necesidad y la urgencia de revitalizar éticamente las actividades sociales y las instituciones de manera que puedan llegar a ser protagonistas de un auténtico desarrollo integral en cada uno de nuestros países.

Este libro nace como una iniciativa de la Red Latinoamericana de Éticas Aplicadas (Red LAEA) en colaboración con el Centro de Ética Aplicada de la Universidad de los Andes (Bogotá, Colombia). La Red LAEA fue fundada en Lima el 17 de agosto del 2016 como fruto del Primer Congreso Iberoamericano de Ética Aplicada celebrado en Santiago de Chile los días 18, 19 y 20 de noviembre del año 2015. En cuanto iniciativa académica, se basa en la cooperación entre docentes e investigadores de diferentes instituciones universitarias latinoamericanas (Argentina, Chile,

[X] Colombia, México, Perú y Uruguay) cuyo principal interés es el estudio, la docencia y la promoción de los diversos campos interdisciplinarios de la ética aplicada. Este libro, precisamente, es el resultado de un trabajo colaborativo que, desde hace varios años, se viene dando en el marco de la Red LAEA.

En cuanto a su estructura, se divide en dos partes. La primera es una introducción que abarca dos temas principales: la trayectoria de la ética aplicada y la enseñanza de la ética en la universidad. La segunda parte aborda algunas áreas particulares de la ética aplicada, tales como la bioética, la empresa, la ecología, las profesiones, el desarrollo, las políticas públicas y la ciudadanía. El objetivo de cada capítulo consiste en proporcionar una mirada de conjunto sobre los diversos campos de ética aplicada. En cada capítulo los lectores encontrarán abundante bibliografía que, sin duda, les permitirá seguir profundizando en los diversos temas que se abordan.

Finalmente, nuestro agradecimiento a las autoridades de la Universidad de los Andes y a Ediciones Uniandes por su inestimable apoyo para que esta obra pueda publicarse en Colombia y para el resto de Latinoamérica.

MAURICIO CORREA CASANOVA,  
JUNY MONTOYA VARGAS  
Y ELOY PATRICIO MEALLA  
Chile, Colombia y Argentina,  
junio del 2019

**SIGNIFICADO DE LA ÉTICA APLICADA  
Y SU ENSEÑANZA EN LA UNIVERSIDAD**



## DE LA ÉTICA A LA ÉTICA APLICADA

Mauricio Correa Casanova

Las cuestiones éticas están de actualidad. Nos preocupa, y con razón, un sinnúmero de asuntos prácticos como el cambio climático, la globalización, el hambre, la pobreza, la tecnología, la sostenibilidad, los animales no humanos, la empresa, la desigualdad, las minorías etnoculturales, y así un largo etcétera. A partir de la década de los setenta del siglo xx, al tratar estos problemas prácticos desde una perspectiva disciplinar, se ha venido utilizando el rótulo de “ética aplicada”. Hoy en día esta expresión tiene carta de ciudadanía a nivel global no solo entre los filósofos morales, sino también entre profesionales de otros ámbitos y en organizaciones de diverso tipo.

En este capítulo pretendemos entender la trayectoria de la ética aplicada y algunos de sus aspectos más sobresalientes. No es nuestro interés tomar partido de las distintas cuestiones, sino más bien informar al lector acerca del estado aproximado de las discusiones que animan el desarrollo de la ética aplicada. Partimos con una breve explicación de la ética entendida como filosofía moral e indicamos sus principales tareas para introducir el tema de su aplicación. En seguida tratamos el origen de la expresión *ética aplicada* y su problemática entre los especialistas. Luego ofrecemos una posible explicación sobre su origen, siguiendo el

- [ 4 ] estado de la ética en la primera mitad del siglo xx. En este punto consideramos que no podemos entender correctamente qué es lo que queremos decir con el rótulo de *ética aplicada* sin tener en cuenta la manera en que los filósofos morales concebían su propio quehacer y la misma naturaleza de la ética. A nuestro modo de ver, solo desde esta perspectiva se comprende mejor el retorno o la recuperación de la dimensión práctica de la ética tanto fuera como dentro de la filosofía. Aclarados estos aspectos, abordamos brevemente la naturaleza de la ética aplicada, su fundamento y su metodología. Finalizamos con una noticia sobre la ética aplicada en Latinoamérica.

### ¿Qué es la ética?

Como sostiene Peter Singer: “Para que un análisis llevado a cabo *dentro* del marco de la ética sirva de algo, es necesario hablar un poco *de* la ética, para tener una clara comprensión de qué es lo que estamos haciendo cuando tratamos de cuestiones éticas” (1984, p. 11). Por tanto, a pesar de que la palabra *ética* se encuentre en boca de todos, conviene comenzar con una aclaración preliminar sobre su significado.

Una primera aproximación es etimológica. *Ética* proviene del vocablo griego *êthos*, el cual tiene un doble significado: por un lado, en su sentido más antiguo, remite a “residencia”, “morada”, “lugar donde se habita”. En este sentido, podemos decir que se refiere al lugar donde nacen o se fundamentan los actos humanos. Por otro lado, significa también “modo de ser” o “carácter”, no en el sentido psicológico de temperamento, sino como la forma de vida que va adquiriendo o de la que se va apropiando una persona a lo largo de su vida. En esta segunda acepción, el *êthos* deriva, a su vez, de *êthos*, lo cual quiere decir que el “carácter” se logra mediante el “hábito” o la “costumbre”. Ahora bien, ambos sentidos del *ethos* griego se traducen al latín con una sola palabra, *mos*, de la

cual deriva el término “moral” (Aranguren, 1959, cap. 2). En esta misma línea, según la explicación que ofrece Tomás de Aquino en el siglo XIII, la palabra

[ 5 ]

*mos* puede significar dos cosas: unas veces tiene el significado de costumbre [...]; otras significa una inclinación natural o cuasi natural a hacer algo [...]. Para esta doble significación en latín hay una sola palabra; pero en griego tiene dos vocablos distintos, pues *ethos*, que traducimos por costumbre, unas veces tiene su primera letra larga y se escribe con eta, y otras la tiene breve y se escribe con épsilon. (*Suma teológica*, I-II, q.58, a.1)

Desde esta perspectiva etimológica, por tanto, se puede utilizar indistintamente ética o moral, tal como se suele hacer comúnmente en la vida cotidiana. Sin embargo, al menos desde la modernidad se suele distinguir entre ética y moral. Esta distinción nace a partir de la disputa entre Hegel y Kant, o mejor, de la crítica que le hiciera el primero a la idea de moralidad del segundo. A juicio de Hegel, “aunque moralidad y eticidad sean sinónimos según su etimología, esto no impide usar estas dos palabras diferentes para conceptos diferentes” (2004, p. 33). De esta manera, la ética (o “eticidad”) es la moral concreta realizada como una forma de vida y como el *ethos* de una comunidad (tal como la entendía Aristóteles); mientras que la moral (o “moralidad”) sería más bien el orden de los principios universales, un producto de la reflexión del ser racional autónomo (tal como la entendía Kant). Aunque no era la intención de Hegel oponer radicalmente ambos términos, lo cierto es que la trayectoria histórica de su distinción ha derivado hasta nuestros días en una controversia filosófica insuperable (De Zan, 2004, pp. 19-21).

En este contexto, Paul Ricoeur (1991, pp. 258-270) afirma que se puede discernir entre ética y moral según se ponga el acento en lo bueno o lo obligatorio. Así, propone utilizar el término *ética* para designar una vida llevada bajo el signo de las acciones



- [ 6 ] consideradas buenas, y el de “moral” para el aspecto obligatorio, marcado por normas, obligaciones, prohibiciones, caracterizadas al mismo tiempo por una exigencia de universalidad y por un efecto coercitivo. A su juicio, esta distinción es heredera de dos tradiciones diferentes: la primera corresponde a la tradición aristotélica de la vida buena, en la que la ética se caracteriza por su perspectiva teleológica (es decir, orientada por un sentido de finalidad); y la segunda, por la herencia kantiana en la que la moral es definida por el carácter obligatorio de la norma, esto es, por un punto de vista deontológico (es decir, orientado por el sentido del deber).

Por otra parte, en la actualidad hay quienes explican la distinción entre *ética* y *moral*, apelando a un criterio de *trascendencia* en sentido religioso. Así, por ejemplo, Jean-Louis Bruguès (1995, p. 13) sostiene que la *ética* abandona la concepción de la trascendencia en relación con las elecciones y las convicciones del sujeto personal; mientras que la *moral*, en contrapartida, busca precisamente en la trascendencia su fuente y su horizonte. Desde una perspectiva histórica y cultural, la *ética* resultaría de la modernidad y el proceso paulatino de secularización y laicidad que en nuestros días mantiene una “ética sin religión” (sin una ligazón del sujeto con lo Otro trascendente); mientras que la *moral* aún mantendría la ecuación “ética + trascendencia”. En definitiva, la distinción quedaría como sigue: “ética” = ética inmanente; “moral” = ética trascendente. Sin entrar en los pormenores de este planteamiento, habría que decir que esta diferenciación se ajusta de mejor manera a la distinción disciplinar entre *ética* o filosofía *moral* y *teología moral* (Fernández, 2000). Por eso, y a pesar de ser sumamente sugerente, aquí la dejaremos de lado.

Por su parte, Adela Cortina (1996b) reconoce que ética y moral son dos expresiones que no se distinguen ni por su significado etimológico ni por su uso en la vida cotidiana. Sin embargo, desde un punto de vista filosófico conviene distinguirlas, ya que “se refieren a *dos niveles de reflexión y lenguaje*: el nivel de la vida

cotidiana, en que los hombres viven desde antiguo con referentes morales, y el nivel de la filosofía moral, que reflexiona sobre la moral vivida en la vida cotidiana” (p. 121). Desde esta perspectiva, la moral se refiere al hecho mismo de que haya moral en nuestra vida; es decir, a que existen referentes sobre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo correcto y lo incorrecto, expresados por medio de normas, valores, obligaciones, que acompañan nuestro proceso de socialización en una sociedad determinada. Así, la moral cumple el rol de prescribir *directamente* la conducta en la vida cotidiana, mediante enunciados con contenido que nos dicen lo que hay o no que hacer. La moral, en este sentido, no es un invento de los filósofos, sino que está integrada en la vida de los seres humanos. Mientras que la ética, por su parte, es la reflexión filosófica sobre la moral en su especificidad como dimensión constitutiva humana, lo que también comprende dar razón o fundamentar racionalmente su realidad. En este sentido, la ética supone, de modo *indirecto*, una orientación para la acción (Cortina, 1996a, pp. 30-32).

Así, la ética pertenece al ámbito de la *filosofía*; más en concreto, se inserta dentro de la llamada filosofía práctica (que incluye, además, la filosofía del derecho y la filosofía política). Al intentar ofrecer una definición aproximada sobre su quehacer, podemos decir que la ética consiste en el estudio filosófico de la moral, lo que incluye un análisis sobre el hecho moral y sus principales categorías, así como un examen de sus fundamentos y de las implicaciones que tiene en los diferentes ámbitos de nuestra vida práctica. Aunque así definida, la ética es un tipo de saber que requiere un aprendizaje, unos métodos y un lenguaje específicos que comprometen solo a los filósofos especializados en ella; lo cierto es que, en buena medida, también es necesaria para todos los seres humanos con el fin de reflexionar sobre su propia vida moral, así como sobre un sinnúmero de otras cuestiones prácticas de carácter colectivo.

Ahora bien, en cuanto filosofía moral la ética cuenta con al menos tres tareas: *aclarar*, *fundamentar* y *aplicar* (Cortina, 1997, pp. 164-165). La primera tarea de la ética consiste en aclarar el hecho moral o por qué existe y cuáles son los rasgos principales de eso que llamamos moral en nuestra vida. También la ética debe aclarar los conceptos o categorías fundamentales de la moral, tales como la libertad, la consciencia moral, el deber o la obligación moral, la ley, los valores y las virtudes. Todo esto es necesario para comprender de mejor manera la vida moral, pero también para vivir moralmente mejor. Aunque el conocimiento moral no asegura necesariamente una mejor vida moral, es fácil reconocer que la ignorancia moral representa una grave deficiencia para lograr una vida buena y justa. Como dijo Aristóteles, en ética no investigamos por puro afán de saber o dominar la teoría, sino para ser mejores en la práctica. En todo caso, en este punto siempre se mantiene la máxima de Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*: “Cuando se trata de cosas prácticas el fin no es haberlas considerado todas y conocerlas, sino más bien hacerlas” (p. 1179b).

La segunda tarea de la ética consiste en fundamentar, esto es, en dar razón o justificar racionalmente el porqué, según un determinado criterio o principio, los hombres deben comportarse moralmente de cierto modo. En este sentido, no hay una respuesta única y definitiva a la pregunta por el fundamento. A lo largo de la historia de la filosofía moral se han ido planteando diferentes respuestas. Desde esta perspectiva histórica, podemos distinguir al menos entre dos grupos de teorías éticas: por un lado, las *teorías éticas clásicas*, tales como los planteamientos de Aristóteles (s. IV), Tomás de Aquino (s. XIII), Immanuel Kant (s. XVIII) y John Stuart Mill (s. XIX); y, por otro lado, las *teorías éticas contemporáneas* que se desarrollan a partir del siglo xx, como las propuestas de

John Rawls, Karl-Otto Apel, Alasdair MacIntyre, John Finnis o Peter Singer<sup>1</sup>. [ 9 ]

Finalmente, la tercera tarea de la ética consiste en aplicar. Actualmente, esta parte de la ética recibe el nombre de “ética aplicada” (*applied ethics*). Sin duda, este nombre puede prestarse para malos entendidos, ya que la ética se ha entendido siempre como referida a la *praxis* o la acción. Sin embargo, aquí tiene una connotación especial, pues se refiere a la aplicación de las dos partes anteriores —la aclaración y fundamentación— a las diferentes actividades humanas, tales como la medicina (bioética), la ecología (ética del medioambiente o ecoética), la empresa (ética de la empresa o de los negocios), o bien, a las profesiones (ética de las profesiones). Lo dicho hasta aquí basta como nota preliminar, ya que en lo que sigue profundizaremos en este tema.

### Nacimiento y dificultad de la expresión *ética aplicada*

La expresión *ética aplicada* nace oficialmente en la década de los setenta del siglo xx en Estados Unidos. Quienes invocan este rótulo se sirven de él para referirse, fundamentalmente, a las nuevas reflexiones destinadas a orientar la acción en ámbitos que, en un momento histórico, se encontraban fuera del campo de interés de los filósofos morales. En palabras de Tom L. Beauchamp:

El término *ética aplicada* y su sinónimo de *ética práctica* comenzó a utilizarse en la década de 1970 cuando los filósofos y otros académicos comenzaron a hacer frente a los graves problemas morales en la sociedad y en la ética profesional (especialmente la ética médica y la ética de los negocios). Ejemplos

1 Para una breve historia de la filosofía moral, véanse MacIntyre (2006) y Camps (2013).

- [ 10 ]        prominentes, entonces y ahora, son el aborto, la eutanasia, la protección de seres humanos y animales en la investigación, el racismo, el sexismo, la discriminación positiva, el riesgo aceptable en el lugar de trabajo, la aplicación a la ley de la moralidad, la desobediencia civil, la guerra injusta, y la privacidad de la información. (2003, p. 1)

En la actualidad la ética aplicada goza de un inmenso auge y se extiende cada vez con mayor rapidez no solo en las universidades, sino también entre profesionales de distintas áreas y organismos *ad hoc*, nacionales e internacionales. Sin embargo, hay que decir que no todos los filósofos morales están de acuerdo con el uso de esta expresión. Para algunos es redundante, ya que la ética es y siempre ha sido un tipo de saber o reflexión racional que pretende orientar la práctica, con lo cual tiene en su mismo empeño una intención aplicada.

Augusto Hortal, reconocido especialista en el área de la ética de las profesiones, sostiene que la

expresión *ética aplicada*, bien pensada, resulta redundante. ¿Puede haber una ética que no se aplique? Nada impide hablar de ética en términos generales y teóricos, sin prestar atención a las concreciones de su puesta en práctica [...]. Toda afirmación ética si no es directamente aplicada, debe poder serlo; si al ser aplicada se pusiese de manifiesto que no es aplicable, quedaría en entredicho su misma validez teórica. (2003, pp. 91-92)

Dada esta obviedad, nuestro autor continúa luego ofreciendo su propia solución a la dificultad, nos dice: “Por eso sería más exacto, a mi modo de ver, hablar por una parte de ética en general, y por otra de ética con el adjetivo que en cada caso la especifica: económica, política, familiar, profesional, financiera, sexual, ecológica...” (p. 92). A pesar de todo, Hortal opta al final con resignación por el uso impuesto hasta ahora y continúa hablando

de ética aplicada, ya que “resulta bastante inútil pretender poner [ 11 ]  
puertas al campo y prescribir cómo deben usarse los términos a  
contrapelo de cómo se vienen usando” (p. 92).

Un argumento similar ha sido ofrecido por María Teresa López de la Vieja (2007), quien al hablar de éticas aplicadas (en plural) las entiende en el sentido de una serie de éticas especiales, esto es, de una Ética (con mayúscula y a secas) referida a una variedad de ámbitos especializados. A su juicio, las éticas especiales o especializadas han aportado una nueva relevancia a la Ética, pero también han creado algunas expectativas distorsionadas sobre lo que puedan decir. A su juicio, la relación se establece del siguiente modo:

Por una parte, los principios sistematizan la información en cada ámbito, Ciencias de la salud, técnica, medioambiente, educación, códigos profesionales. Por otra, los campos especiales funcionan como test para la Teoría ética. En la ciencia, las situaciones empíricas permiten situar a las teorías generales con respecto a sus contextos de aplicación. Esto ha de valer también para la Ética [...] Por lo tanto, los casos prácticos o casos difíciles ponen a prueba a los principios mismos, pero sin pretensiones de sustituirlos. ¿El resultado? Las éticas especiales no anulan —no deberían— las funciones de la teoría. La Ética sigue siendo el foco central. Las éticas especiales no demuestran que haya comenzado una etapa post-ética. (López de la Vieja, 2000, p. 440)

Por último, Peter Singer (1984) parte de una concepción bastante similar a la mencionada hasta aquí. Define la ética práctica diciendo que consiste en “la aplicación de la ética o moralidad [...] a problemas prácticos tales como el tratamiento de las minorías raciales, la igualdad para las mujeres, el uso de animales con fines de alimentación e investigación, el aborto, la eutanasia y la obligación que tienen los ricos de ayudar a los pobres” (p. 11).

[ 12 ] A su juicio, este significado de la ética no es tan diferente del que manejaron los filósofos clásicos, quienes también hicieron frente a una serie de asuntos prácticos moralmente relevantes. A pesar de su notable desarrollo en el siglo xx, hay que decir que la ética aplicada no es nueva para la filosofía moral. Filósofos como Hume y Mill aplicaron la ética de la misma manera en que se hace hoy. Incluso sería posible retroceder hasta los filósofos griegos (Platón, Aristóteles, Séneca) y los escolásticos medievales (santo Tomás de Aquino) u otros escritores clásicos (san Agustín). Todos ellos se enfrentaron a preguntas prácticas, que incluyen el suicidio, las mujeres, los funcionarios públicos, la guerra justa, la usura o la mentira (Singer, 1986, p. 1).

Según lo dicho hasta aquí, entonces, ¿por qué hablamos de ética aplicada? A nuestro entender, para responder a esta cuestión tenemos que observar el estado de la filosofía moral a inicios del siglo xx, ya que es en este momento cuando se produce una especie de paréntesis en lo que tradicionalmente fue la tarea de la ética.

### El estado de la ética en la primera mitad del siglo xx

Según el diagnóstico de Alasdair MacIntyre (2001) en *After virtue*, el interés central de la ética sufre una profunda transformación en la primera mitad del siglo xx, cuando deja de ser lo que siempre se propuso desde sus orígenes —una reflexión racional destinada a orientar la *praxis*— para quedar situada en un estado deplorable de fragmentación e ininteligibilidad. Ante esta situación, la empresa filosófica de nuestro filósofo consiste en llevar a cabo una indagación sobre las posibilidades de reconstrucción del *ethos* moral.

Al hablar de la deplorable situación de la ética anidada en el proyecto de la modernidad, MacIntyre incluye en su crítica a la filosofía analítica, que, a su juicio, encarna y promueve una manera

de entender y practicar la *filosofía* moral que abona, de forma irremediable, su propio fracaso. Según su argumento, las técnicas de buena parte de la filosofía anglosajona son, esencialmente, análisis lógicos de un cierto lenguaje moral históricamente descontextualizado. Las graves consecuencias de esta comprensión de la filosofía moral —tal como las expone MacIntyre en el epílogo a la segunda edición inglesa de *After virtue*— se manifiestan en dos sentidos diferentes, aunque conectados entre sí como formas concluyentes del proceso conducido por la filosofía analítica: el primero concluye en que, a excepción de las puras investigaciones formales del lenguaje moral, “no hay *ningún* fundamento para la creencia en principios universales y necesarios” (p. 326); y el segundo sostiene que, ante nuestros desacuerdos morales sobre los problemas concretos, nunca podemos establecer entre las posturas rivales “la *aceptabilidad racional* de una postura concreta” (p. 327). De esta manera, los esfuerzos destinados a orientar la acción con pretensiones de validez intersubjetiva y legitimidad social quedan desechados del quehacer filosófico-moral. Este proceso, a juicio de MacIntyre, culmina en la forma epistemológica y culturalmente dominante del llamado “emotivismo”.

Aunque la visión crítica de MacIntyre sobre el legado de la filosofía analítica en relación con el estado de la ética ha de ser matizada (Valcárcel, 1984; Sádaba, 1989), no deja de ser cierto que, por influencia del positivismo, la filosofía moral en aquel tiempo fue rechazada por su carácter emotivo y no cognitivo (Chadwick, 2009), por lo que perdió —junto con sus supuestos metafísicos y antropológicos— aquella mirada penetrante sobre las estructuras de la racionalidad práctica del mundo fáctico, así como también un lenguaje convincente para la interpretación de los nuevos acontecimientos asentados en la historia (Kettner, 2003, p. 145). En este contexto, la transformación más radical llevada a cabo por la ética analítica consistió en haber sustituido el objeto tradicional de la filosofía moral, consistente en la indagación racional sobre la *praxis*, por la racionalidad del análisis lógico del *lenguaje*



- [ 14 ] moral (Singer, 2003, p. 170). Tal como afirma Moore en su *Principia ethica* —de 1903—, “la Ética no consiste en investigar las afirmaciones relativas a la conducta humana [la *praxis*], sino en investigar afirmaciones relativas a esa propiedad de las cosas que se denota con el término ‘bueno’ y a esa propiedad contraria a la que alude el término ‘malo’ [el *lenguaje*]” (2002 p. 60).

En estrecha relación con lo anterior, los filósofos analíticos también promovieron una comprensión bastante distante de la tradicional sobre la tarea específica del filósofo moral. En efecto, insistieron en que su labor tenía que distinguirse de la del “moralista”. Así mientras a este último le compete la búsqueda concreta de soluciones a los casos prácticos; el filósofo moral, en cambio, tiene como misión llevar a cabo un análisis riguroso sobre el uso del lenguaje moral. Tal como lo formula W. D. Hudson en su *Modern moral philosophy* de 1970, el moralista utiliza el lenguaje moral en el discurso de primer orden, esto es, toma parte en la reflexión, argumentación y discusión sobre lo que es moralmente bueno o malo, correcto o incorrecto. Por el contrario, el filósofo moral se mueve en el discurso moral de segundo orden, en cuanto piensa y habla acerca de las maneras como los moralistas utilizan los términos morales cuando pronuncian sus juicios en el discurso de primer orden. Según esto, la distinción se expresa diciendo que al moralista *en cuanto tal* le interesa la ética, o “lo que la gente debe hacer”, mientras que al filósofo moral *en cuanto tal* le interesa la metaética, o “lo que la gente hace cuando *habla* acerca de lo que debe hacer” (Hudson, 1974, pp. 17-27). En esta misma línea, Hans Albert sostiene que

la filosofía moral analítica, en oposición a la filosofía moral tradicional, puede caracterizarse sumariamente por el hecho de que, en general, trata de limitarse a investigaciones metaéticas. Se suele hacer aquí una clara distinción entre los enunciados del filósofo moral (metaética), los del científico moral (psicología

moral, sociología moral) y, por último, los del moralista (ética).  
(1978, p. 4)

[ 15 ]

Aunque entre los analíticos esta es la visión dominante, William K. Frankena (1965) mantiene que la *ética* o *filosofía moral* no siempre se identifica exclusivamente con la metaética. A su juicio, aunque muchos filósofos moralistas limitan la *filosofía moral* al pensar analítico, crítico o metaético —excluyendo de aquella todas las cuestiones descriptivas de que trata la psicología y la ciencia empírica, así como todas las cuestiones normativas acerca de qué sea bueno o justo—, lo cierto es que la metaética puede conectarse con los intereses de la ética normativa (“aunque únicamente cuando esto se refiera a cuestiones generales acerca de lo que es bueno o justo”), e incluso con algunas cuestiones de ética descriptiva (aunque solo en la medida en que pueden “aplicarse a las respuestas a las cuestiones normativas y metaéticas”). A pesar de esto, Frankena concluye que la *filosofía moral* no trata de “resolver problemas particulares” (pp. 6-7).

Lo dicho hasta aquí no significa que los filósofos analíticos hayan sido totalmente ajenos o incluso indiferentes al problema de la relación entre la filosofía moral y el discurso moral de primer orden. La respuesta, tal como la diseña Hudson, señala que “la filosofía moral implica la actividad de moralizar” (1974, p. 28). En efecto, para realizar su trabajo el filósofo moral necesita tener presentes los debates de primer orden, atendiendo a las discusiones y argumentaciones, leyendo periódicos, viendo la televisión o escuchando lo que dice la gente en la vía pública, de modo que tenga cierta familiaridad con aquello que analiza. *Todo ello resulta ser el material de su reflexión o lo que debe comprender y analizar*. Por otra parte, a partir de la labor propiamente filosófico-científica del filósofo moral podemos extraer, además, ciertas opiniones sobre lo que constituye la educación moral y sobre cómo debe llevarse a cabo, o también podemos suministrar un fundamento lógico para un punto de vista en el discurso moral de primer orden, así como

[ 16 ] también puede (lógica y empíricamente) capacitar para una participación más efectiva en tal discurso. Todo ello, por supuesto, constituye importantes aportes para la tarea del “moralista” (pp. 27-32).

A tenor de la situación descrita hasta aquí, podemos sostener que, por cierto exceso de metaética, se dejó de lado la discusión fundamental de si el filósofo moral podía —aunque sin convertirse por ello en un predicador moral o en un moralista— salir del “nirvana de la irrelevancia social” (Kettner, 2003, p. 146) y llevar a cabo una contribución que supere los estrechos márgenes de la filosofía académica y las descripciones lógico-formales y no valorativas del uso del lenguaje y del discurso moral. Junto con esto, también quedó en entredicho la misma relevancia práctica de la ética o filosofía moral para hacer frente y ofrecer alguna respuesta a las cuestiones más sustantivas sobre las que tradicionalmente se ocupaba. Entre las cuestiones que en este sentido “tradicional” quedan eliminadas del ámbito de la ética, Aranguren menciona “la referencia de nuestros comportamientos al bien supremo y la persecución del propio bien, los actos considerados en sí mismos y con referencia a su autor, las virtudes y vicios, la vida moral en sus diferentes modos, el *êthos* o carácter y la abertura de la moral a la religión” (1959, p. 265). Así también, quedaron entre paréntesis las nuevas y graves cuestiones prácticas surgidas por imperativo de la misma realidad en el siglo xx, tales como la crisis ecológica, el impacto de la ciencia y la tecnología, los problemas del subdesarrollo, entre otros.

### El giro práctico o aplicado de la ética contemporánea

A partir de la segunda mitad del siglo xx, sin embargo, se despierta una doble reacción ante el predominio del positivismo y la metaética. Tal reacción se dio en un doble movimiento que podemos

situar tanto fuera como dentro de la filosofía moral. Por un lado, [ 17 ] y fuera del ámbito estricto de los filósofos, se manifiesta entre profesionales de diferentes campos un creciente interés y preocupación por cuestiones éticas actuales y concretas de la praxis humana, los cuales dan los primeros pasos para el nacimiento de las variadas formas y tendencias que conocemos hoy bajo el rótulo de ética aplicada (Maliandi, 2003, p. 259; Kettner, 2003, pp. 145-146; Almond, 1995, p. 1). Por otro lado, y ya dentro del ámbito de la filosofía, se inicia un importante alejamiento de buena parte del modelo casi exclusivamente metaético y se da paso al llamado “giro práctico” de la filosofía contemporánea. A continuación, diremos unas breves palabras sobre ambos movimientos.

#### Movimiento fuera de la filosofía

Como forma innovadora de la reflexión moral, la ética aplicada comenzó su pleno desarrollo a fines de la década de los cincuenta como resultado de la creciente complejidad de las sociedades actuales a nivel local y global, así como por los impresionantes avances de la ciencia y la tecnología y sus aplicaciones en diferentes ámbitos de la actividad humana. Estos nuevos ámbitos de interés para la ética no son, en sentido estricto, el resultado del quehacer de los filósofos, sino que surgen como un imperativo de la misma realidad cuyas primeras llamadas de atención las abordaron profesionales de diferentes ámbitos, como la ingeniería forestal, la economía y la medicina.

En efecto, a fines de los años cuarenta se publica el libro *A sand county almanac* (1949) del ingeniero forestal Aldo Leopold (1887-1948), que contiene su reconocido ensayo titulado “The land ethics” (Leopold, 1989; véase Callicott, 1987). En este trabajo pionero, Leopold llama la atención sobre el deterioro de la Tierra provocado por la acción humana y la necesidad de una ampliación de la ética en términos ecológicos. En este contexto distingue entre una triple secuencia ética de tipo evolutivo: la

[ 18 ] primera se ocupó de la relación entre los individuos, la segunda de la relación entre el individuo y la sociedad, y la tercera, por último, se ocupa de la relación del hombre con la Tierra (un concepto holístico que incluye suelos, aguas, plantas y animales). A partir de aquí, se comienza a desarrollar la ética de la Tierra (Callicott, 1989, 1999 y 2013), a la que habría que añadir, por supuesto, su prolongación inmediata en la “ética del medioambiente” o “ecoética” (Attfield, 1983; Taylor, 1986; Hargrove, 1989; Gómez Heras, 1997). Podemos considerar la ética de la Tierra, con toda justicia, la primera llamada de atención para motivar el surgimiento del giro aplicado de la ética contemporánea.

Más tarde, en los años sesenta, Denis Goulet (1965) publica su libro *Ética del desarrollo*, que instala el debate sobre la profunda desigualdad social y económica entre los pueblos desarrollados y subdesarrollados (o maldesarrollados). A su juicio,

el desarrollo no es la simple industrialización o modernización, ni el aumento de la productividad o la reforma de las estructuras del mercado. Por el contrario, se expresa con la frase “la ascensión humana”, la ascensión de todos los hombres hacia lo más humano en todas sus dimensiones, económica, biológica, psicológica, social, cultural, ideológica, espiritual, mística, trascendente. (p. 9)

Con ello, Goulet (1971 y 1995) sienta las bases para la noción del desarrollo humano e integral que será de gran influencia (Gasper, 2004; Crocker, 2008).

En la década de los setenta, el bioquímico y oncólogo Van Rensselaer Potter parte de lo que llama “el legado de Leopold” (*The Leopold legacy*) al publicar, en 1970, su artículo titulado “Bioethics: the science of survival”, al que le siguen los libros *Bioethics: bridge to the future* y *global bioethics* (Potter, 1971 y 1988), en el que sienta las bases de la bioética contemporánea, tanto en medicina como en el ámbito ecológico global (Engelhardt, 1986; Gracia,

1989; Beauchamp y Childress, 2009). En este mismo tiempo, y a raíz de los escándalos como los del Watergate, surge la ética de la empresa o de los negocios (Donaldson y Werhane, 1977; Velasquez, 1988; Brown, 1992; Enderle, 1993; Lozano, 1999; Cortina *et al.*, 2000).

A partir de este momento fecundo se suceden nuevos y apasionantes ámbitos de investigación que van conformando el corpus de lo que conocemos actualmente como ética aplicada. Así se promueve la importante reflexión sobre la “ética de las profesiones” (Chadwick, 1994; Fernández y Hortal, 1994; Cortina y Conill, 2000). A la que le sigue la “ética de la agricultura” o “agroética” (Thompson, 1995 y 1998; Lehman, 1995; Zimdahl, 2006). Y el auge reciente de la “neuroética” (Gazzaniga, 2006; Levy, 2007; Cortina, 2012), la “ética del deporte” (Simon, 2004; Sebastián, 2013) y la “ética del humor” (Smuts, 2010; Siurana, 2013 y 2015)<sup>2</sup>.

### Movimiento dentro de la filosofía

Si, como afirma Adela Cortina (2003, p. 13), la historia de la filosofía ha estado marcada por sus giros, un hecho decisivo al hablar de la ética y su aplicación se remonta, inicialmente, al giro interno de la filosofía contemporánea, que pasó del “giro lingüístico” al “giro práctico”. Este movimiento es reconocido hoy por lo que Manfred Riedel (1972-1974) popularizó como “la rehabilitación de la filosofía práctica” (Maliandi, 2002a, pp. 107-127). En síntesis, esta rehabilitación comprende aquellas disciplinas que en la

2 Existe una abundante bibliografía disponible sobre los diversos campos de la ética aplicada, entre ellos mencionamos los siguientes trabajos colectivos: Singer (1986 y 1995); Rosenthal y Shehadi (1988); Winkler y Coombs (1993); May y Sharratt (1994); Almond (1995); Chadwick (1998); Chadwick y Schoroeder (2001); Frey y Healt (2005); Cohen y Heath (2005); LaFollete (2005 y 2007); entre otros. Y en español, el libro pionero de Ferrater y Cohn (1991); Cortina (1993); Cortina y García Marzá (2003) (que aborda los problemas en torno al estatuto de la ética aplicada).